



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 9909

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Estranjero.—Tres meses, 11 25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 15 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

LUNES 12 DE NOVIEMBRE DE 1894.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letra de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorente, rue Oumartin, 61, y J. Jones; Hambourg Neumartre, 31.

M.^e LEONIE BROUTIN
Modista de Sombreros de París

Todos los días hasta fin de Noviembre.

FONDA FRANCESA

MUERTAS Y JARDINES

Gran surtido en herramientas agrícolas

Arados, espino artificial, palas, azadas comunes, azadas para viñas, legones, azadillas, sacadores de plantas, horquillas, crofks, bombas, bombitas, fuelles para azufrar, tijeras para podar.

Efectos de adorno y recreo, macetas y macetones en diferentes y artísticas clases, pedestales, jardineras, caprichos de surtidores, sillas, bancos, mesillas y mecedoras, amuebles, mueble atillísimo y de exquisito confort para pasar cómodamente las calurosas siestas del estío.

Todo en el MUSEO COMERCIAL.—PUERTA DE MURCIA, 88, 40 Y 42

MI VECINO.

Una de las pocas cosas que me sacan de mí mismo, es la idea que algunas personas tienen formada de lo que les rinde el tiempo a los demás.

Me refiero a los venturados que tienen por ocupaciones tomar el chocolate, dar cuerda a los relojes, enterarse de si la muchacha ha traído rábanos, asistir a la oficina, saborear eso que llaman *café* en los cafés y pedirnos billetes de favor para los teatros.

Estos tales no conciben que haya quien viva teniendo las horas tan recortadas que necesite sacudirse los pelos de encima.

Tienen además por artículo de fe que los periodistas viven en *fuerga* perpetua.

Del teatro, a la inauguración con murga; del entierro con palafreneros de peluca, a la comila de gloria.

Y no se enteran de que no todo es orégano, aunque se lo prediquen conservadores ayunos. Y eso que gritan.

El vecino de al lado es uno de éstos, y apenas me encontré en la escalera el primer día que *cuadró* me tomó la palabra, como dice él, de la manera siguiente:

—Con que gusted es el vecino nuevo? Vaya hombre, no lo sabía.

—Me alegro mucho.

—Y es usted periodista ¿eh? Mire usted, a mí me gustan mucho los periodistas; yo también he escrito en periódicos; solamente que todo lo que les mandaba me lo variaban luego.

Y añadió cambiando de tono:

—Buena vida se pasará usted, amigo!

—No tanto como usted, por lo visto, porque está usted grueso.

—Sí, señor. Como que después de almorzar me quedo siempre dormido en la oficina.

—Por eso sin duda estaba usted hoy martillando en la pared de mi alcoba a las siete de la mañana!

—¡Ah, sí! Es que estaba poniendo una percha en donde colgar la camisa de dormir. Porque, mire usted, yo soy un hombre muy especial, muy raro, y uso camisa para dormir.

—Que sea enhorabuena.

—Y todos los días me levanto a las seis, en invierno y en verano; en cuanto me dan las siete, ya estoy afeitado, y he limpiado las jaulas de los jilgueros, y sacado a la calle el perrito, y ya estoy dispuesto a todo lo que se ocurra. En cambio, ustedes los periodistas no se levantan hasta las once...

—Ni nos acostamos hasta las cinco.

—Para eso se pasan ustedes la noche de *juerguita*... vamos a ver: ¿Dónde estuvo usted anoche? De jaleito ¿eh?

—Sí, señor—le contesté,—como si hubiera sido verdad.

Mi interlocutor me miró con cariño y me dijo tomándeme del brazo:

—Pero ¿qué hacemos aquí en la escalera? Véngase usted a mi casa y le enseñaré un *marco de castaño* que estoy haciendo.

—Muchas gracias—le dije—pero no puedo.

—Y luego me acompañará usted a tomar café a la horchatería de la carrera... hay allí una chica... ¿sabe usted?

—No sé nada.

—Pues, de *búten*. El otro día me llamó *renscaujo*. ¿No le parece a usted que tiene mucha gracia?

—Y más aún que gracia, justicia.

—Yo le di quince céntimos de propina por la salida... ande usted, verá usted que chicas.

—Con su permiso, hoy no acepto: tengo mucho que hacer.

—Y ¿qué tiene usted que hacer?

Pensé que mi buen vecino se metía a confesor, pero le contesté en serio:

—Pues mire usted: Escribir un artículo, corregir estas pruebas de otro, leer este libro y hacer el juicio de él.

—¡Bah! eso lo hace usted de dos patas. Véngase usted a la horchatería, hombre, que eso no corre prisa.

Desde luego, a él no le corría prisa alguna.

—Pero ¿no vé usted que luego se queda el trabajo sin hacer?

—¿Y eso qué importa?

—Mírele yo a la cara redonda y chata, y pensé que en el fondo tenía razón; pero lo malo era que yo no podía dejar de escribir y de leer todo aquello.

Dijesele tal como lo pensaba, exponiéndole punto por punto cómo tenía ocupado mi tiempo por las tardes, por las noches, a todas horas. El me contestó con lástima sincera:

—¿Como trabaja usted tanto, hombre?

—Porque tengo que ganar las tres pesetas diarias que gaste en comer,—le dije.

—¡Vaya por Dios! Pero un día es un día. ¡Aunque no trabaje usted hoy!

—Tendría mañana que trabajar el doble

—¿Y qué? Usted hace todo eso en un instante.

Y no hubo medio sino echarme por la escalera abajo en vista de que se pasaba el tiempo, y dejarle con la palabra en la boca.

Al día siguiente me lo volví a encontrar.

—¡Ayer se me escapó usted como un cohete! Alguna cita amorosa, ¿eh?

El buen hombre seguía creyendo que yo no tenía más ocupación que la de divertirme.

No le contesté nada, sin embargo, por no perder el tiempo y las razones. Entonces me dió una ostacada con el dedo índice en la boca del estómago, mientras me decía con aire de malicia:

—¡Pillín! ¡Será buena hembra!

Más adelante dió en la flor de venir a mi casa a hacerme un ratito de compañía. Sentábase a mi mesa de trabajo, sufranta de mí, y solía preguntarme:

¿Quiere usted venir esta noche al Oriental?

Tuve que advertir en mi casa que cuando viniese mi simpático vecino a preguntar por mí le responderían invariablemente que yo acababa de salir.

—Pero, hombre, ¿dónde se mete usted?—suelo decirme cuando me encuentra—Usted debe tener algún lio gordol!

Y añade sonriendo y no sin envidia.

—¡No abuse usted de los placeres!

PEDRO DE FONT.

DE LUTO

Murió Juan y, a porfia,
De luto rigores, el mismo día,
Se vistieron al punto
Los hijos, la mujer y hasta una tia,
Que lo era en quinto grado del difunto.
Solo mi madre, justo al dicho frío,
Sin cuidarse del traje que llevaba,
Murmuraba: «¡hijo mío!»
Y el rígido cadáver abrazaba
Derramando de lágrimas un río,
En tanto que la vida,
Alarde haciendo de su pena aguda,
Para ofrecer al muerto más tributo,
«Póngase usted de luto», le decía,
Pues sin duda creía
Que era el luto de su alma poco luto.

Del tiempo el rápido paso
A los estudios de Julia prestó consuelo,
Y los duró su duelo
Lo que duró su luto... un año,
A excepción de la vida divertida
De quien profita y disfruta
Aunque sea de luto su vestida,
Como marca el ritual, juntos los años.
Solo la madre aun llora
Sin que logre la dicha bienhechora
Robarla del dolor su negra palma;
Solo ella al que murió rinde tributo;
Solo ella, que no sabe luto
Vestida siempre el alba!

CARLOS CAMO.

TIJERETAZOS

Una noticia de *«El Tiempo»*:
El señor Gobernador ha mandado a la imprenta del zentro 500 pesetas, porque no tenía reservado para su autoridad el palco de orden que por reglamento le corresponde.
La imprenta del zentro, según nos dicen, no había reservado este palco, porque estaba ya abonado por empresarios anteriores. A causa, sin duda, de que ningún Gobernador había hecho nunca uso de ese palco, de que el antiguo señor duque de Tamames no se había acordado hasta la fecha.
Eso es lo que a toda administración le sucede.

EL HILO DEL DESTINO. 29

Salieron de Sevilla, porque los gastos del joven calavera habían desmoronado un caudal que hubiera bastado para satisfacer todas las necesidades de una larga vida, y se establecieron en una de sus haciendas a dos leguas de la ciudad.
Los años pasaron de esta suerte; viviendo el uno para el otro, sin que un sinsabor estorbase la dicha que habían conquistado.
El nacimiento de Julian fue un nuevo lazo para la estrecha unión de los esposos, y Mendoza, esposo y padre, se consideraba a cubierto de toda desgracia; cuando había aquella época renovaron sus relaciones los olvidados y despreciados amigos, uno de ellos, uno más ajeno que los demás, solicitando no ya la mano del joven calavera, sino la estimación del padre de familia.
El noble Mendoza se la concedió, y a este, Teresa le admitió como al hijo de su Antonio; y el marqués de Valdehara se estableció en su querido hogar, como si nada le faltara.
Dio Teresa a luz a María, y la bella niña vino a poner el colmo a la dicha de sus padres.
Hacia aquel tiempo, negocios pertenecientes a sus haciendas, obligaron a Mendoza a abandonar su hogar y volver a su ciudad.
El estado delicado de Teresa, gravada, muy contra su voluntad, a permanecer separada de su

28 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA.

da por su entendimiento y su corazón, guió a Mendoza como a un cordero, a la senda misma que le habían a ella enseñado a seguir.
Le amó con todo su corazón.
Con toda la fuerza de la juventud.
Con toda la abnegación de mujer.
Y al amarle conoció su valor.
Se lo hizo comprender; le mostró el precio del bien: su belleza; le enseñó a sentir como ella sentía; le comunicó sus sensaciones, sus pensamientos: le hizo semejante a ella; y a Antonio le repugnó su pasada vida.
Le repugnaron los compañeros que le habían acompañado en sus excesos.
Y conociendo ya todo el valor del estado en que se hallaba, un estado tranquilo; dulce, delicioso, lleno de los más gratos halagos, temió perderlo, y quiso para siempre asegurarlo, volviéndose con la mujer a quien debía su felicidad.
¡Oh cuán grande debió ser ya su virtud, si pudo resistirse a las seducciones de sus antiguos camaradas, que lo inducían a volver a la pasada vida!
¡Que lo fascinaban a veces con sus sonrisas, con sus halagos, con la más atractiva seducción! pero Antonio se resistió y rechazó la oferta.
Teresa fue su esposa, y aseguró por completo su dicha.

EL HILO DEL DESTINO. 25

Al fin se acobgó la pobre paciente, y volvió a tomar la palabra:
—He dormido, y he soñado, hijos míos, sueños dulces y placenteros. No han sido hoy los delirios horribles que siempre visitan mi espíritu. Mis visiones han sido consoladoras. Dios ha derramado la luz benéfica de su misericordia sobre mi espíritu; y, años hace, que no he sido dichosa, como soy ahora. ¡He visto a mi Antonio!—dice en acentos tan dulceros, que estas palabras traspasan el corazón de sus huérfanos hijos.—¡He visto a mi pobre Antonio! Al cielo no van los criminales. Mi Antonio murió inocente.
Esto dijo, con la expresión de la certeza de desesperación en su semblante, se cubrió el rostro con las manos y volvió con la mayor angustia.
Sus hijos le miraban llevar con los ojos arrasados de lágrimas.
Sabían la triste historia de su padre.
Sabían su criminalidad.
Sabían en su desventura, referidos mil veces por distintas personas, aun cuando jamás por su madre que nunca aludía al tiempo pasado, que tan desgraciada la había hecho; y al oír la expresarse bajo el acedido que se expresó en aquel momento, concibió una gran pena, y que la pobre producía el más horrible delirio.